

EL SENTIDO DEL RENCOR

Constantino Bértolo

Prólogo y selección de Ignacio Echevarría

EDITORIAL



DELIRIO

Primera edición: julio 2018

EL SENTIDO DEL RENCOR

Colección Tragos

© 2018, Constantino Bértolo

© 2018, Ignacio Echevarría

© 2018, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.

www.delirio.es / info@delirio.es

© Imagen de cubierta: Santiago Morilla

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Printed in Spain

ISBN: 978-84-15739-27-2

Depósito Legal: S 179-2018

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

PRÓLOGO

Resistiré la tentación de teorizar sobre Twitter y sus géneros. Pero no pienso inhibirme de destacar, entre los recogidos en este librito, algunos tuits de Constantino Bértolo que valen para encuadrar su propia poética como tuitero. Por ejemplo, el que sirve de epígrafe al volumen: «La vanidad es un arma de destrucción masiva». O: «Maldad de la buena, no de la irónica o simpática». O: «¿Pero acaso las palabras pueden dejar de ser mercancía en una sociedad capitalista?». O: «A veces Twitter no es narcisismo sino rencor. Eso quiero pensar cuando me siento optimista». Y paro, pues no es cosa de duplicar el contenido total del librito, como lo he llamado.

El último de los tuits citados me ahorra el esfuerzo de tratar de dar razón del título, escogido por el propio Bértolo. El primero avala que le afee al autor el que, pese a todas las prevenciones, su cuenta de Twitter no deje de constituir –entre otras cosas– un repertorio de vanidades, casi todas representadas en estas páginas, en las que, casi inevitablemente, convergen epigramas, greguerías, chistes, lirismos, banderillas

(¡olé!), eslóganes (qué gran publicitario se ha desperdiciado), aforismos, sentencias, incluso epitafios.

–Entre otras cosas, he dicho.

–¿Y cuáles serían esas cosas?

Permitan que, para responder a esta pregunta, me acuerde de nuestro admirado Fogwill, quien dijo en cierta ocasión que las emociones que a él particularmente le movían a escribir eran «del orden de la hostilidad: el rencor, la rabia, el odio, la envidia, la indignación: formas confusas del conflicto social».

Y bien: me atrevo a conjeturar que, a su modo desprovisto de enfado (que no es lo mismo que desenfadado, mucho ojo), a Bértolo le pasa tres cuartos de lo mismo. Que son también emociones «del orden de la hostilidad» –por antipático que suene decirlo así– las que lo mueven, por lo general, a escribir sus tuits, y que la suma de sus variedades –vanidades incluidas–, configuran un acaso confuso pero inequívoco testimonio del conflicto social, en efecto.

Digamos entonces que los tuits de Bértolo, además de lo enumerado, constituyen una práctica consciente, programáticamente incordiante y en buena medida insólita, orientada a despertar ese «sentido del rencor», por lo general reprimido,

que se invoca en el título de este librito. A lo que cabe añadir una importante consideración: el horizonte final de esta práctica, más allá del desahogo y el lucimiento personales y de las muy plausibles ganas de tocar las pelotas, como quien dice, viene a ser la agitación, la toma de conciencia: la movilización del lector, en definitiva, con miras a una tan necesaria como siempre desplazada, y por lo tanto improbable, revolución.

Esto último puede sonar alarmantemente grandilocuente, pero me interesa sostenerlo para dejar bien claro de antemano lo que de todos modos ya lo está: que el marco de la actuación –de la intervención, más bien– de Bértolo en Twitter es el de una militancia comunista, consecuente con sus convicciones marxistas. Si esto último espanta a algún lector, él se lo pierde. En cualquier caso, subrayarlo me sirve para advertir que Bértolo despliega su actividad como tuitero en íntima connivencia con la que despliega en plataformas mucho más discursivas y articuladas. Dos principalmente: dentro de la red, el blog del Colectivo Todoazén, que funciona como archivo de todo tipo de materiales críticos; y, fuera de ella –y entre tantas otras, de carácter más ocasional–, su colaboración mensual, desde hace ya unos años, con *Mundo Obrero*, órgano de expresión del Partido Comunista Español, donde Bértolo no depone,

ni mucho menos –bien que allí de puertas adentro–, su talante siempre interpelador, cuestionador, provocativo. La cuenta de Twitter de Constantino Bértolo remite sistemáticamente a las entradas y los artículos volcados en una y otra plataforma, y dado que estos enlaces me parecen inseparables de sus tuits, a los que procuran una imprescindible caja de resonancia, opté, a la hora de armar este librito (gracias, Fabio), por incluir, además de una apurada selección de los tuits de Bértolo, una antología mínima de pasajes más ensayísticos segregados de las entradas de blog del Colectivo Todoazén y de los artículos de *Mundo Obrero*.

Obrar así entraña un cierto grado de distorsión y de devaluación de las piezas en cuestión, cuyos pasajes, al ser descontextualizados, quedan inevitablemente desvirtuados. Pero he preferido asumir esta responsabilidad a presentar, desnudos de compañía, un puñado de tuits que, por brillantes y divertidos que resulten, leídos en secuencia están condenados –así lo prescribe el género mismo– a desactivarse mutuamente, dejando como único rastro el mecanismo más o menos espectacular o sutil de su ingenio.

El lector deberá tener bien presente, pues, que las breves tiras ensayísticas que –precedidas siempre de un titulillo inven-

tado para la ocasión—, se interpolan a los tuits aquí cosechados, son fragmentos solamente de un discurso más amplio y de mayor alcance. Solo a mí me cabe sufrir los reproches a que puedan dar lugar las discrepancias e insatisfacciones que produzcan al lector esas tiras.

Es el momento de recordar que Bértolo abrió su cuenta de Twitter en octubre de 2011, y que en todo este tiempo (es decir, hasta la fecha en que se escriben estas líneas) ha volcado en la misma cerca de mil setecientos tuits. Una cantidad relativamente escasa si se compara con la actividad desplegada por otros tuiteros, más aún si se deducen de ella los tuits que simplemente enlazan otros contenidos. De lo que se desprende que Bértolo no es un tuitero ni mucho menos compulsivo, como tantos, sino más bien lo contrario, parsimonioso, reflexivo, en cierto sentido «indirecto», calificativo este último que utilizo aquí por miedo a emplear el que me sale más espontáneamente, sin que acierte a saber muy bien por qué: el de «gallego».

Hablando de gallegos, por cierto: quizá sea este el lugar de llamar la atención sobre Martín López Navia, tantas veces citado en las páginas que siguen. Es la suya una personalidad sobre la que Bértolo nos debe a todos una explicación que,

sospecho, el día que finalmente llegue habrá de recordar bastante a las que Antonio Machado daba sobre ese «profesor de gimnasia» que a él mismo le gustaba tanto invocar: Juan de Mairena. Por mi parte, cuánto me gustaría que Bértolo reuniera algún día, como hiciera Machado, un volumen titulado sencillamente así: *Martín López Navia*, y donde recogiera las «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos» de ese socarrón apócrifo. Se me ocurre que el librito que el lector tiene en sus manos fuera una prefiguración de ese otro.

Una final pero imprescindible observación: la profesión en la que Constantino Bértolo se ha distinguido es la de editor literario, en su caso desdoblada en la de crítico. Esto justifica que cuestiones como las relativas a la industria del libro, a las maneras de leer, al estatuto público de los escritores, a la función de la crítica, a la propiedad de las palabras, a la literatura en general, tengan en estas páginas un peso importante. Este peso, sin embargo, nunca actúa de contrapeso de los textos más abiertamente políticos, ni mucho menos. El ojo crítico de Bértolo sigue siendo el mismo en todos los casos, y el mundo literario es contemplado por él como un escenario más –particularmente aleccionador, en todo caso– de la lucha de clases.

Y aprovechando que ha salido a colación la palabra *escenario*: ya se ha visto cómo Bértolo invoca, en uno de sus tuits, la «maldad de la buena», que él opone allí a la ironía y a la simpatía. Lo que me lleva a recordar aquel soberbio pecio de Rafael Sánchez Ferlosio en el que califica la simpatía de «arcaísmo», y reivindica la antipatía como «resistencia y repugnancia a simular y escenificar –abyectamente– un mundo que no existe». Presumo que Bértolo comparte esa resistencia y esta repugnancia. Pero estoy seguro de que no suscribe la antipatía –ni siquiera Ferlosio lo hace– como herramienta exclusiva para expresarlas. La maldad –y menos que todas la maldad de la buena– no tiene por qué ser antipática. Al contrario, Bértolo demuestra que se encauza muy bien a través del humor, por muy negro que a menudo resulte, y sobre todo que no es ni mucho menos incompatible con la sensualidad, el cachondeo y el gozo de vivir que, no tan discretamente, dejan en este librito (¡y dale con el diminutivo!) su risotada.

Ignacio Echevarría
Santa María de Huerta, Soria, mayo de 2018

A Victor, Óscar, Jules y a las o los que vengan.

La vanidad es un alma de destrucción masiva.

Voy a dejar bien claro que hoy es domingo, pero antes quiero manifestar todo mi respeto por las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado.

Somos hambre.

Tengamos cuidado: la idiotez ajena no nos hace inteligentes.

Casi siempre ir con la verdad por delante es una forma de esconderse.

Ciencias del capitalismo:
La energía no se crea ni se destruye solo se transforma.
En capital.

LA UTOPIA COMO CONSUMO

La utopía ha encontrado en el anuncio su modelo narrativo perfecto. Narraciones que apenas duran treinta segundos pero en las que la felicidad es la promesa imparabile y cumplida. La publicidad es hoy la utopía que se pone al alcance de nuestra imaginación. Utopía que ya no se fundamenta en la justicia o la razón sino en el glamour y el dinero. La utopía como bien de consumo, como derecho, como revolución. Si Tomás Moro levantara la cabeza sin duda se la cortaría sin necesidad de acudir al verdugo.

Qué poco se habla de los ríos que no van a dar a la mar.

Marxismos:

Marx, Groucho (1890-1977):

«No perdamos el sentido del humor».

Marx, Karl (1818-1883):

«No perdamos el sentido del rencor».

La propiedad privada de la razón.

«La felicidad ya no consiste en consumir sino en ser consumido.» (Martín López Navia).

Nos quieren convencer de lo contrario pero lo cierto es que seguramente vivimos por encima de nuestra realidad pero muy por debajo de nuestras posibilidades.

El sueño de la razón produce monstruos; los sueños del alma, socialdemócratas.

Es todo un espectáculo ver cómo Muñoz Molina se autoemociona cuando habla de Arte. Nada extraño en tan buen y agradecido desclasado.

Lo contrario del comunismo no sería tanto el capitalismo como el narcisismo. El Yo como Capital: siempre obligado a su reproducción ampliada.

¿POR UN CAPITALISMO HONRADO?

Bien podríamos afirmar que lo que mayoritariamente se nos va a proponer como solución ante la suciedad, crisis y desacomodos del presente puede resumirse en un concepto bueno, bonito, paradójico y barato: el capitalismo honrado, un capitalismo sin insoportables recortes, sin tanta insoportable corrupción, sin insoportables desigualdades y sin insoportables niveles vergonzosos de paro. Un capitalismo honrado, un capitalismo soportable.

Maldad de la buena, no de la irónica o simpática.

Todo relato se escribe desde el interior de otro relato, desde la posición que se ocupa dentro de ese otro relato que nos hace y deshace.

Declaración de un crítico literario (*off the record*): «¿Pero usted cree que pagándome lo que me pagan voy a decir lo que pienso?».